

EL AMIGO DEL OBRERO

REDACTORES:

Dr. Luis Pedro Ledesma-Dr. Miguel Perea
Secretario de Redacción: Juan N. Quagliotti
Redacción: Daymán 120

CORRESPONSALES:

En Roma—Monseñor G. Vannucchi
En París—Francisco Verrill
En Santiago—Don Teodoro
En Madrid—José M. Garzon

Órgano de los Círculos Católicos de Obreros del Uruguay
APARECE LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

ADMINISTRACIÓN: Daymán 120—Administrador: LUIS PASTOR
Teléfono: LA COOPERATIVA núm. 539

Suscripción en la Capital (por mes) \$ 0,20 | En campaña (semestre adelantado) \$ 1,20
No se pague ningún recibo que no lleve el sello de la Administración.

Indicador cristiano

Sábado 17—Stos. Lázaro, ob., Francisco de Sena, Justo y Hierón, mra.—*Tím. pora—Ayuno.*
Domingo 18—IV de Adviento—Nra. Fra. de la Esperanza ó de la O; San Graciano, ob.
Lunes 19—Stos. Nemesio, Darío y Pablo, mra., y Urbano V, papa.
Martes 20—Stos. Domingo, Liberato, Julio y Macario, mra.
Miércoles 21—Stos. Tomás, ap., Anastasio, mra., Tomistocles, mra. y Glicerio.

El Amigo del Obrero

MONTEVIDEO 17 DE DICIEMBRE DE 1910

La primera jornada

La primera jornada del movimiento cívico-católico ha terminado.

Dentro de pocas horas nuestros correligionarios habrán cumplido con entera su deber de ciudadanos, dando el más alto de los ejemplos democráticos, y desde ese momento, la existencia en nuestra patria de una nueva entidad política, habrá quedado consagrada para siempre. ¿Cuál será el resultado práctico de este esfuerzo?

Nos encontramos en presencia de una de las crisis más terribles, acaso la más formidable, de todas las que han pesado sobre nuestra desventurada nación.

El círculo colorado que gobierna, se encuentra árbitro y señor de sus destinos y de los destinos del país, dispone de la fuerza para aniquilar toda oposición en el terreno de la fuerza, y dispone de la inmensa parte de las balotas cívicas para legalizar su propia prepotencia dentro del convencionalismo que ha sido hasta ahora respetado como forma aceptable de nuestra armazón republicana.

Ese círculo evidentemente funesto para la Patria, ha cometido el desgraciado yerro de inscribir en su bandera una candidatura presidencial repudiada por la inmensa mayoría del país, que la ve con espanto chorrear sangre y presagiar nuevas masacres fratricidas.

Estaba resuelta ya esa candidatura con todas sus ingénuas calamidades, cuando el partido nacionalista, por el órgano de su Directorio representativo, resolvió ir a las urnas, pero el fracaso del elemento guerrero de este partido, en una nueva intencional armada, ha traído por consecuencia la reconsideración del anterior acuerdo y la abstención en toda la línea partidista.

Los días presentes no pueden ser más oscuros, y como nunca es necesario el concurso de los buenos para conjurar peligros formidables.

El civismo católico, resuelto de tiempo atrás a organizarse, ageno por completo al viejo pleito de los dos partidos de divisa, no puede hacer causa común con ninguno de ellos y sigue impertérrito su marcha hacia el ideal.

Frente a nuestra organización cívica aparece súbitamente otro factor más, y reclama puesto de combate en el escenario político, con prescindencia (según lo afirma) de los centrillos del pasado. Se llama *coulción socialista-liberal*.

El fenómeno puede estudiarse bajo muy distintos puntos de vista y no cabe nuestro juicio completo dentro de los límites de este artículo.

Diremos tan solo que, lejos de desconocer el perfecto derecho de la nueva entidad a actuar políticamente, consideramos su constitución como un triunfo de nuestra prédica en favor de la transformación de los partidos tradicionales, que lo son de odios y no de principios.

No era necesario ser muy previsor para comprender que la organización cívica católica, traela como consecuencia inmediata, y era necesario que la trajera—la organización liberal anárquica.

Esta organización, cuanto más se perfeccione, tanto más servirá de estímulo y de agente a nuestra propia unión, a la cohesión de nuestros elementos.

Bajo este punto de vista nos halagaría verla organizada por sus propias fuerzas y con sus recursos privativos, pero todo hace creer que, en las circunstancias actuales por lo menos, solo se trata de una gran mistificación, de una comedia irrisoria, y serán las balotas del oficialismo imperante las que armarán caballos a los nuevos adalides de la alianza improvisada.

No importa, dé o no resultado este recurso indecoroso, puesto en juego con el único propósito de trabar la acción de los católicos, el hecho no nos inquieta.

Nuestro triunfo no consiste en la conquista de algunas bancas del parlamento, en los momentos presentes.

Nunca pudimos creernos con derecho a un éxito tan enorme en el primer esfuerzo, que iniciamos teniendo delante a los dos grandes partidos haciendo sus aprestos comiciales.

Nuestro esfuerzo ha fructificado ya, nos hemos constituido como entidad política, y esto nos basta.

Ya vendrá lo demás por sus cabales.

En la honrosa jornada que termina, los cívicos católicos ni tenemos porque arrepentirnos de uno solo de nuestros actos, ni abrigamos agravios para nadie, y menos muchísimo menos, para ese pequeño grupo de nuestros hermanos que en medio de un lamentable error—de cuyas proyecciones no se dan cuenta, estamos seguros—han ido a parapearse en las trincheras enemigas, han escrito sus nombres en las columnas de la prensa anti católica, y desde esas columnas, y desde aquellas trincheras, han hecho fuego contra la bandera de la causal.

Oh! solo vemos en ello un lamentable error, pero nada más, una de esas tempestades domésticas que se desencadenan repentinamente en el hogar y separan al hermano del hermano, haciendo destilar sangre de dolor al corazón de la madre común. Pero la tempestad pasa, el amor maternal triunfa y los hermanos se abrazan nuevamente, y aunan sus esfuerzos y sus anhelos para desagraviar a la madre que no tiene menos amor para el hijo que se descarriló un instante, ni ese amor provoca tampoco los celos del que permaneció fiel en el regazo materno!

Oh! saludemos la aurora de nuestra unión, de nuestra unión fuerte, sólida y sincera, y contribuyamos todos a borrar, con nuestra abnegación y nuestro fraternal afecto hasta el último rastro de la reyerta pasajera.

¿Y por qué dejarlo para mañana?

¿Todavía quedan algunas horas hábiles muy propicias por cierto para la reflexión serena y las grandes expansiones del corazón.

Nuestra bandera va a atravesar por primera vez la línea del fuego comicial. Acaso los abanderados no sean los soldados más meritorios, pero a todos los soldados obliga la defensa de la bandera y a ninguno lo es lícito abandonarla en el momento solemne de la prueba.

Las guerrillas enemigas están formadas, marchamos a estrecharnos contra ellas; se oye ya el eco de las primeras clarinadas; la enseña del civismo católico flamea en lo más alto rodeada de sus fieles obreros de la hora primal.

¿Y habrá quien prefiera esterilizar su balota ciudadana, y mire indiferente el altísimo honor de formar entre los primeros?

Quisicosas

¡Yo que creía que a los católicos nos tiraban todos a matar, y no teníamos ni un amigo siquiera por esos mundos de Dios para los trances apurados!

¡Bien decía Cicerón que el equivocar es propio de cualquier hombre; pero que solo del necio es perseverar en el error!

nosotros teníamos por enemigo, conatos con muy buenos amigos. Y sino ahí tienen Vds. a «La Tribuna Popular» que se despepita en las presentes circunstancias por darnos consejos y más consejos, desinteresados todos ellos hasta la pared de enfrente, y a quien no parece galar otro móvil que la exaltación de nuestros ideales y evitar que los católicos caigamos de primos en los próximos comicios.

Bien es muy cierto que el colega, como decía nuestro correligionario «El Bien» en un suelto de mucha milga, «no demuestra su catolicismo, y sobre todo su estabilidad de criterio y su rectitud de intención, plantando sus lechugas entre coles; para que ni las cívicas (Con dos v de vaca; por que todo lo que huele a burro está de más en las salas de tan sapientísima rotación) a pesar de toda su prudencia le sorprendan el juego; pero a pesar de los pesares, no puede negarse que «La Tribuna Popular» nos ama entrañablemente, se desvive por evitarnos fracasos, y hasta haría por nosotros el sacrificio de los «dulcesimas» ternuras que «El Siglo» la dedica tjeroteando para Ella las estrofas más eróticas de la Musa del amor.

Y todo esto es muy de agradecerle al colega; porque dice el refrán, ¡que aún en el infierno conviene tener amigos; con que ya van Vds. calculando, si nos condenará en el infierno de la prensa la desinteresada amistad de «La Tribuna Popular» el diario más vendido y más leído, de Montevideo.

Y a tanto llega el afán con que «La Tribuna Popular» nos protege y tanto el empeño con que se preocupa por nuestra honra y gloria, que, pásmense Vds; hasta nota de *mística* va creando por esos mundos de Dios.

Y sino, lean Vds. estos párrafos de un artículo dialogado que publica el colega en su número del jueves.

Dice así: «A «La Tribuna Popular».—Estoy, sentado en un banco del Parque Urbano; leo los principales diarios metropolitanos y en esto se me acerca un amigo, se sienta, ve los diarios que leo, y después de un tiroteo de bromas, me suelta el siguiente diálogo:

—¡Caramba! Lees también «La Tribuna Popular», la que profesa ideas avanzadas, antagónicas con esa hoja, incompatible con las tinieblas multicas que defiende ese diario...

—Estás en un error. «La Tribuna Popular», no defiende esas opiniones que tú dices; ni combate otras que muchos creen. Les da hospitalidad a todas las creencias, y es en sociología el diario más imparcial de toda la República. Te puedo mostrar editoriales que hasta los áceras los podrían suscribir sin abdicar de sus ideales.

Si, claro está; y con esto último se prueba la firmeza de criterio, y aquello de las coles y lechugas del colega; pero también es muy cierto que, por defendernos a nosotros, achacan a la pobreza, aquello de—*tinieblas místicas*—que, vamos, es un falso testimonio que poca gracia había de hacerla.

Y si tal decían y tales cosas propagaban de «La Tribuna Popular», hasta encasquetarla eso de—*las tinieblas místicas*—por su vida pasada qué no ha de ser desde ahora en adelante, cuando la vemos día a día aparecer repleta de cartas firmadas por católicos, y de artículos y de sueltos que cualquiera tomara por sabudados con incienso?

Lo que es, desde aquí en adelante hasta de—*beatona*—la van a apodar.

¿Y todos esos sacrificios, por el cariño que nos tienes?

¡Vamos, colega, que Dios te lo pague todo junto, y adelante con los faroles!

El Muro.

EL CIVISMO CATÓLICO

Monseñor Isasa

El último y último, Monseñor Isasa, administrador apostólico de esta diócesis, acudirá mañana a las urnas a depositar su voto de ciudadano, sufragando por la lista de la Unión Católica.

Lo acompañarán el presidente y secretario del C. E. de la Unión Católica. El gran ejemplo de Mons. Isasa es aleccionador.

Instrucciones

1. Todo ciudadano inscripto en el Registro Cívico Departamental, puede votar. Para ello se requiere «tener en su poder» la boleta de inscripción en el Registro Cívico.

2. El votante deberá «firmar de su puño y letra» la lista de candidatos, y la pondrán en un sobre blanco en el cual apuntará el número de su balota. «Después cerrará el sobre».

3. El votante debe concurrir personalmente a la mesa del «Distrito» electoral, «que lo corresponda». Para saberlo, deberá ver el número de su boleta de inscripción y fijarse, en los cartones de su sección que debe publicar la Junta Electoral, cuál es la mesa que corresponde a su número.

4. El votante mostrará al presidente de la mesa «receptor» de votos

su boleta de inscripción «si se lo exige». Después lo entregará al mismo presidente «el sobre cerrado» con su voto, para que éste lo rubrique y lo ponga el número de orden.

5. No se debe omitir, ni borrar para nada las listas impresas de candidatos, pues las correcciones o emendaduras no son válidas.

Las elecciones comenzarán a las 8 a. m. y terminarán a las 6 p. m.

Actividades desplegadas

El club «Francisco Bauzá» (8.ª sección) ha lanzado a la publicidad un vibrante manifiesto invitando a todos los católicos de la sección a concurrir a las urnas, haciendo saber al mismo tiempo que durante el día de las elecciones la Comisión Directiva, permanecerá en el local, calle Martín García 11 y 11a, entre General Fraga y General Aguirre, para entregar las listas y responder a las consultas que los correligionarios deseen hacer.

Por otra parte el club «General Artigas», de la 7.ª sección ha resuelto realizar esta noche una conferencia de propaganda electoral en la que tomarán parte varios jóvenes oradores y, entre ellos los señores Carlos Rauscher, Bernabé, Pedro L. Ipuche y José Miranda.

Para este importante acto el club «General Artigas» invita desde luego a todos los correligionarios de Montevideo.

La conferencia se realizará en el local de la Liga Patriótica Italiana, Minas 225 a las 8 1/2 p. m.

El Comité de propaganda electoral del Paso del Molino ha dirigido a los católicos de esta localidad un manifiesto invitándolos a concurrir a las urnas e indicándoles que por listas e instrucciones pueden acudir a las calles Aguirre 835, Zapicán 24, Iglesia 60.

El Club Cívico Mariano Soler, de los Pocitos, ha dirigido también un manifiesto a sus correligionarios y ha nombrado una numerosa comisión de propaganda para dirigir los trabajos electorales en el día de mañana.

En Canelones y en Trinidad los trabajos electorales son activísimos. Todos los clubs trabajan con ahínco. Se obtenga o no se obtenga el triunfo, el ejemplo de alto civismo será siempre un timbre de gloria para los católicos de esos departamentos.

En Flores

Hemos esperado la visita de nuestro querido colega «La Idea Nueva» de Trinidad para poder conocer todos los datos relacionados con las importantes asambleas cívico-católicas realizadas en el departamento de Flores.

Según esas noticias, en varios puntos del departamento se realizaron numerosas asambleas el domingo 11, en las que hicieron uso de la palabra el doctor Secco Illa y los señores Regalado y Rauscher Bernabé, don Gabriel Caballero y el joven Enrique Espinola López, delegados estos dos últimos, del Club Cívico Católico General Artigas.

Según el mismo periódico, los resultados de esas asambleas no pueden ser más halagadores, pues permiten creer en un probable éxito para el civismo católico de Flores.

Pero la asamblea que adquirió verdadera brillantez, tanto por la concurrencia que a ella asistió, como por las piezas oratorias que allí se pronunciaron, fue la realizada en la noche del mismo domingo, en el Teatro Unión, y patrocinada por la C. D. del Club Cívico General Artigas.

En esa brillante reunión tomaron parte los jóvenes Carlos Rauscher Bernabé, pronunciando una aplaudida alocución, y José Luis Zorrilla de San Martín, declamando trozos de La Leyenda Patria.

A continuación ocupó la tribuna el Dr. Dardo P. Regules quien, con su reconocida y conceptuosa oratoria, desarrolló un hermoso conjunto de ideas sobre el civismo católico que merecieron unánimes aplausos de la concurrencia.

Finalmente, a pedido del público q' no se resignaba a retirarse sin oír la autorizada palabra del candidato proclamado, por aquel departamento, Dr. Joaquín Secco Illa, éste hubo de subir a la tribuna.

De lo que allí dijo dan cuenta los siguientes párrafos de «La Idea Nueva»: Su breve discurso en el que puso de manifiesto sus ideas y sus aspiraciones desinteresadas, y cuya patente de sinceridad exhibió cuando dijo que no le halagaba el triunfo de su candidatura que no esperaba, le ha acarreado un nuevo contingente de simpatías; por que, a pesar de todo lo egoísta y mercantil de esta época de puro positivismo, hay quienes saben apreciar todavía el magnánimo desinterés de los pocos buenos que en este naufragio de la virtud en todas sus fases, saben llegar a la costa, con su carácter y nobleza de corazón sin mácula.

A juicio de toda la sociedad de Trinidad, la asamblea que nos ocupa representa un éxito moral para el civismo católico y que ha servido al mismo

Pida Vd. en todas las librerías
El Almanaque de «El Amigo del Obrero»
para 1911
Precio del ejemplar, diez cents.

tiempo para hacer gala de los brillantes elementos con que cuenta la causa católica en este país.

CIVISMO CATÓLICO

CARTA POLÍTICA

del Dr. Zorrilla de San Martín

Los partidos tradicionales y los cívicos católicos.—Razón de ser del partido fundado por la Unión Católica. Unidad en lo esencial, libertad en lo dudoso, caridad en todo.

Señor presidente del Congreso Elector de la Unión Católica del Uruguay, don José S. Cardoso.

Señor presidente: Con gran satisfacción me he visto proclamado representante por Montevideo, en el Congreso Elector que usted dignamente preside.

Por razones poderosas para mí, pero de escasa importancia para los demás, yo no podré ir al Parlamento si fuese elegido. Pero esa circunstancia no es incompatible con la aceptación del honor que tal proclamación entraña, y que me apresuro a manifestar. Lo acepto agradecido; más aún: deseo ser candidato, es decir, aspirar a merecer los sufragios de mis correligionarios; los pido y los espero.

Con ello quiero significar dos cosas: mi adhesión, activa aunque secundaria, al nuevo partido político que, en hora feliz, ha nacido por iniciativa de la Unión Católica del Uruguay, y la no menos firme a su resolución de concurrir a las urnas en las actuales circunstancias.

Exento de tenerme en los fundamentos de lo primero. La formación de ese partido ha sido el anhelo de mi vida; lo he predicho, lo he preparado, lo he reservado para él mi personalidad toda entera. Por primera vez en mis años, formo en las filas de un partido político organizado; por primera vez votaré cumpliendo un deber cívico.

En cuanto a lo segundo, deseo fundar algo más mi opinión.

Si yo, ciudadano católico, no he tomado puesto de labor patriótica en ninguno de los dos partidos Blanco y Colorado, ha sido por que, en materia de principios, esos partidos son entidades heterogéneas; todos los principios están en ellos. Hacer triunfar el uno sobre el otro no ha significado ni significa en lo más mínimo acercarse al triunfo del bien sobre el mal moral. No creo que eso necesite demostración, según es evidente para quien conozca nuestra historia.

Pero de veintinueve años a esta parte, ha existido para mí una razón que dice más a mi actual propósito. Nuestros dos partidos tradicionales han sido y son dos bandos de guerra; el recurso a la revolución figura en ellos históricamente como normal é inevitable; incorporarse a uno u otro es suscribir esta cláusula tácita: la revolución.

Pues bien: esa cláusula es contraria a los principios católicos, según los cuales la revolución es el derecho extremo de los pueblos oprimidos, que solo se justifica en los casos desesperados de tiranía, después de puestos y agotados todos los recursos pacíficos, y cuando existe la casi seguridad de que el enorme sacrificio no será estéril o regravante.

Esa es la doctrina de los tratadistas, de los Papas, del *Syllabus*.

La formación, por consiguiente, de un partido animado del espíritu católico, ó nada significa, ó representa, en nuestro país muy especialmente, la condenación de aquel funesto recurso, la aparición de una entidad nueva, noble, fuerte con fortaleza moral, fortaleza cristiana, creyente en la eficacia de los principios, y dispuesta a propagarlos, a armonizarlos con la conducta, a recurrir a ellos para iluminar las horas oscuras, y a caer con ellos si es necesario.

Parece que la Providencia ha querido someter a prueba el nuevo organismo apenas nacido, a fin de que se demuestre si es realmente una persona de este mundo, ó si es solo un fantasma ó simulacro inconsistente ó mentiroso.

Nos encontramos frente al viejo problema, que los partidos revolucionarios no han resuelto: una fracción del Partido Colorado en el poder, como pasa hace cuarenta años; otra fracción

del mismo y todo el Partido Blanco, en la oposición. Se trata de combatir al primero, porque su espíritu es funesto.

El caso no es nuevo. Recordemos el último, por ser el germen inmediato de la situación actual: el Presidente Latorre Borda con su fracción colorada en el poder; otra fracción colorada y todo el Partido Blanco en la oposición. Se acordó entonces al recurso fatal; se hizo revolución blanca, mirada con simpatía por los colorados de abajo, que son los que hoy están arriba; se asesinó en la calle al desventurado Borda, que no era un malvado sin remisión ni un enemigo de los ideales católicos; se pasó al motín militar; se abandonó todo principio; se levantó a don Lindolfo Cuestas como un prócer salvador de la patria, etc., etc. Aquello fue un derribo de todo: de hombres y de principios; de autoridades políticas y de autoridades morales. Casi nada quedó en pie.

Yo no estaba aquí, felizmente; pero he oído describir con espanto la sinistral alegría con que esta sociedad, sin excluir muchas almas cristianas católicas, vieron caer aquel hombre asesinado en la calle, después del último *Te Deum* oficial cantado en el país.

Yo volví a mi tierra, tras ocho años de ausencia, cuando la apoteosis de Cuestas flotaba en los aires; los vencedores caían implacables sobre los vencidos; todo era hecho contra ellos, pues era preciso estrigar la raza. Yo me encontré, con que tenía que ser de los vencidos, por el solo hecho de no ser de los vencedores. Me resigné, sufrí el castigo, y medité largamente en mi soledad.

La apoteosis se transformó muy pronto en odio nuevo: se quería matar también a Cuestas, y poco después a Batlle que lo sucedió regularmente.

¡Matar hombres! ¿A qué matar hombres?

Fui y entonces, bien lo recuerdo, *el último cuestiona*; defendí la vida de un hombre, y, sobre todo, la de un principio.

Bien sabemos que la situación actual no es sino la consecuencia necesaria, el castigo, si se quiere, de todo aquello. Y no es otra cosa que la repartición del problema regravado: una fracción del Partido Colorado, la levantada en compañía del Partido Blanco, arriba; abajo, todo el Partido Blanco y otra fracción del Colorado, con la sola diferencia que esta última, que hoy dice combatir la tiranía, es la que ayer la constituía, y provocaba la revolución.

¿Andaremos de nuevo al viejo recurso, revolución, asesinato, motín militar, ascesión de otro Lindolfo Cuestas, olvido de todo principio, sin escluir los cristianos de humanidad, etc., etc.?

Eso es lo que predomina, al parecer, en este momento lleno de vientos negros. Los partidos antiguos acuden a eso, y como paso previo, han recurrido a la abstención. Creo que no es necesario demostrar que, en este caso, la abstención no es otra cosa que un grado de la revolución; es el bloque pacífico, ó el *ultimatum* que precede a la guerra.

La hora es de tinieblas.

Y es también hora de prueba para el partido que ha engendrado la Unión Católica, por que, si bien los principios son claros é imperiosos, para que darse con estos tendrá que romper con muchos hombres buenos, que obran por impulso adquirido, y no pueden detenerse en su carrera fatal y uniformemente acelerada. Los empuja el fuerte viento del pasado.

Pues bien: no puede, no debe haber la más mínima duda ni vacilación: se está con los principios; se rompe con los hombres. Eso es lo que se llama *carácter*, manera constante de pensar, de sentir y de obrar; garantía de encontrar, en los momentos de prueba, un pensamiento, una acción, un hombre que ajuste sus actos a su conciencia. A su razón, sin ser agente pasivo de las circunstancias ó de la agena libertad; acción constante y resistencia; rechazo de los motivos determinantes del infundo inferior que contratan los de razón, de justicia, de consecuencia con el propio destino.

Eso es lo que ha hecho el partido fundado por la Unión Católica del Uruguay, al no adherir a la abstención de los demás: existir, obrar según su propia naturaleza. Operar *según su esencia*. Obrar y existir en la misma cosa.

Las razones con que se combate su actitud son inconsistentes y falaces. Somos sinceros: no es verdad que se combatía la resolución de la Unión Católica porque se crea que su concurrencia a las urnas va a legalizar lo ilegal ó a hacer bueno lo que es malo.

